

LAS BANDERAS DE LA VERA HISTORIA

Rosana Guber () y Sergio Visacovsky (**)*

Una respuesta al comentario de Luis Orquera debe partir de sus propios reparos con respecto a cómo deberían ser tratadas sus observaciones: más como “aclaraciones para una mejor aproximación” que como “críticas”. Aún más, Orquera advierte al lector desprevenido de que sus enmiendas no provienen de errores de los autores, “sino de sesgos en el material del cual se sirvieron como fuentes, a los que no pudieron eludir por la falta misma de otros antecedentes escritos”. Previamente, Orquera pondera el trabajo, tanto por el modelo analítico propuesto basado en “la contraposición entre pautas genealógicas y generacionales en la búsqueda de la identidad de la disciplina”, como por “rescatar esas Jornadas (de los 30 años de la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas de la UBA) del olvido”. No obstante, se lamenta de que el esfuerzo se haya concentrado sólo en la Antropología Social y no en la Arqueología, aunque acepta como razón “su accidentado desarrollo como disciplina maldita”.

Casi todo el resto de su exposición, el Profesor Orquera intenta desligar al prehistoriador austríaco Oswald Menghin de las acusaciones de las que usualmente ha sido objeto: su compromiso con el régimen nacionalsocialista. Orquera asume su encendida defensa ostensiblemente preocupado por la imagen que podría llevarse el lector de nuestro artículo, tanto en la cita de un testimonio de María Rosa Neufeld (alumna de la primera promoción de la carrera, y actualmente Profesora Titular en el Departamento de Ciencias Antropológicas de la UBA) como en otro pasaje en donde se insinuaría su nazismo, y en una nota en la que se “reseña brevemente y sin mayores precisiones el desempeño de Menghin como integrante del gabinete encabezado por Arthur Seyss-Inquart (no ‘Seis Enquart’) en Austria en 1938”. Para ello, Orquera apela a fuentes diversas: información periodística, cartas, recuerdos propios y ajenos. Por su intermedio, pretende demostrar que Menghin no tuvo compromiso ideológico con el nazismo (p.ej. trata de probar que no fue racista), y que si bien su participación como Ministro de Educación en el gabinete de Seyss-Inquart constituye “un error mayúsculo y difícilmente perdonable”, fue tan breve que lo exime de ser considerado un “miembro conspicuo del régimen” o un “criminal de guerra”. Orquera concluye

(*) Antropóloga, investigadora del CONICET y coordinadora del Centro de Antropología Social del Instituto de Desarrollo Económico y Social.

(**) Antropólogo, Profesor Adjunto del Departamento de Ciencias Antropológicas e Investigador del Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires.

que la culpa que puede imputársele no es total, ni anular sus aportes en el estricto campo científico-académico argentino, esto es, en el desarrollo de los estudios prehistóricos en la Argentina. Orquera prefiere recordar a Menghin re-asumiéndose como un “estudiante”: por eso, Menghin ingresa en su recuerdo “como un profesor afable, predispuesto a atender a los alumnos, responsable en el dictado de su cátedra, benevolente en los momentos de examen, nada autoritario e investigador infatigable”.

En la defensa de la figura de Menghin, Orquera se adjudica el lugar de defensor de la verdad histórica, verdad “distorsionada” por el uso que el presente hace del pasado, tal vez, aunque no lo diga, por intereses puramente ideológico-políticos. Para él, de lo que se trata es no seguir reproduciendo la confusión; y, en un acto de conciencia, brinda (seguramente, ante todo a las jóvenes generaciones que no vivieron dicha época, y que por lo tanto están expuestas a la reproducción de las falsedades) los datos para que cada uno saque sus propias conclusiones, pero por sobre todo, para evitar que siga difundiendo la creencia que en una carrera de la Universidad de Buenos Aires, “un émulo de Eichman, de Skorzeny o de Mengele que habría llegado hasta aquí buscando protección contra sus delitos (como sí lo hicieron otros en esa época) y que mal formó malignamente con doctrinas perversas el intelecto de sus educandos” (paréntesis originales).

Hay una primera reacción, centrada en la lógica y en las evidencias que proporciona Orquera en su operación de limpieza de la figura de Menghin: no todas las fuentes tienen, desde el punto de vista de su adecuación fáctica, el mismo tenor. Hay demasiados puntos oscuros frente a los cuales también Orquera revela su perplejidad: ¿por qué Menghin participa en el gobierno de Seyss-Inquart? ¿Por qué dimitió al poco tiempo? ¿Qué responsabilidad efectiva tuvo en la expulsión de Freud de la Universidad de Viena? En fin... si Orquera pretendió desnazificar a Menghin, habría que concluir que deja demasiados asuntos por responder.

Planteado el debate en este terreno, pareciera que la única opción posible es sumarse a la disputa en torno a la figura de Menghin, a la lógica del aporte de pruebas que confirmen o no su nazismo. Por cierto, hay estudios que abonarían esa tesis, sea de un modo directo como en las investigaciones de Arenas (1991) y Arnold (1990:471), o indirecto, como Bock (1995: 202-218), Schippers (1995: 234-246) o Meding (1999), quien refiere la llegada a la Argentina de científicos que participaron del régimen nazi, principalmente a través de España como escala intermedia.

Ahora bien: si aceptamos situarnos en este debate, nos alejamos definitivamente de los propósitos iniciales que acompañaron la redacción de “Controversias filiales...”. Por un lado, los reparos de Orquera a nuestras fuentes sesgadas y a que es indispensable no tomar “las narraciones sobre el pasado” como “el pasado en sí”, se asientan en su pretensión de discutir el pasado, más precisamente de postular la primacía de una versión del mismo por sobre otras posibles. Por nuestra parte, tratamos de estudiar los modos en que el pasado es narrado desde el presente y las razones por las cuales algunas formas se tornaron más plausibles que otras. Nuestro “presente” concerniente al artículo es el año 1988, el contexto de las Jornadas.

Si algo debe quedar claro en esta respuesta, es que lo que diferencia a los comentarios de Orquera de nuestro artículo es el sentido de la historia; para él se trata de la adecuación fáctica entre narración y hecho; para nosotros, la historia es un aspecto constitutivo de toda práctica social, independientemente de lo que realmente sucedió. No es necesario aclarar que no se trata de dos sentidos mutuamente excluyentes sino, más bien, de opciones de investigación. Por ende, los comentarios de Orquera no están vinculados con los problemas sustantivos de nuestro artículo, sino con los relatos que nos sirven de datos. Orquera polemiza en un mismo plano con los actores que aparecen a lo largo del artículo, esto es, con el punto de vista del nativo, en estricto lenguaje socioantropológico. Así puede entenderse más cabalmente su discusión de la “mayor complejidad del conflicto generacional en la antropología social”, o en lo referente “al supuesto separatismo de los estudiantes de Antropología” debido a una “evasión ante los problemas de la sociedad nacional” que en las Jornadas planteara Carlos Herrán. Nosotros intentamos construir una posición diferente a la de los “actores” mediante la cual actores y relatos emerjan como un objeto diferente, debido

a que las inquietudes que nos mueven no buscan reproducir las fórmulas nativas, sino interrogarlas.

Desde esta perspectiva, la intervención de Orquera no hace más que confirmar algunos de nuestros señalamientos. Por un lado, una de las principales hipótesis es la politización de los campos académico-intelectuales en la Argentina, tal como lo sostiene la línea inaugurada, entre otros, por Federico Neiburg (1999). Aunque la noción de “politización” suele recubrir fenómenos diferentes, se trata básicamente de un proceso mediante el cual prácticas no políticas buscan su sentido en el mundo de lo político, tal como éste es definido en un determinado momento histórico. No se trata meramente de plantear la conexión o determinación (probable) de un nivel (el político) sobre otro, sino de mostrar hasta qué punto lo político se transformó en dador de sentido. Ahora bien, las “Jornadas...” nos informan acerca de cómo, aún en las postrimerías de la década del ochenta, la política nacional y determinadas lecturas sobre su estructura temporal seguían siendo la clave dominante para la interpretación del mundo académico. Las Jornadas de 1988, entonces, no pueden en modo alguno leerse como un documento que proporcione evidencias de lo acontecido con anterioridad a dicho momento. De ahí nuestro énfasis en los modos en que el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983) se convirtió en objeto de recordación durante el contexto de la llamada “transición democrática”, tema sobre el cual volveremos enseguida. Tampoco la “politización” debe ser leída sin tomar en cuenta los profundos cambios que el sentido mismo de “lo político” (y de la relación entre mundo académico-intelectual y político) sufrió desde mediados de la década del cincuenta en adelante. Lo decisivo, lo notorio, lo destacable, es que a cualquier intento de abordar una figura como la de Menghin se le impone la acusación de *nazi* por encima de cualquier otro aspecto. De ahí que Orquera deba, como primera medida, asumir la defensa de Menghin ante la acusación.

Mas esto entraña, además, una operación cuya pretensión tiene una dirección inversa a la apuntada: si la figura de Menghin aparece construida sobre la base de un sentido político, Orquera propugna su desnazificación en modo paralelo a su despolitización, puesto que el fin defensivo está en que se reconozca a su maestro por sus valores académicos. Uno puede insistir con la pregunta constitutiva ¿era (o no) nazi?, o interrogar esta misma pregunta, ¿qué razones hacen necesario, casi imperioso, interrogarse por el nazismo de Menghin hoy, cuarenta años después? Una respuesta posible es que la culpabilidad (o inocencia) de Menghin es relevante para la legitimación de genealogías académico-intelectuales actuales. Esto muestra que el patrón de organización generacional dominante en la Antropología Social de Buenos Aires no excluye el desarrollo de patrones genealógicos en otros campos disciplinarios vecinos. No obstante ello, aún la sola exigencia académica demanda una depuración de Menghin de modo tal que se tornó aceptable como *Padre Fundador* de una tradición arqueológica local. Esto sólo puede explicarse, insistimos, si se sostiene que, en gran medida, los campos académico-intelectuales se legitiman mediante la política, y desde una determinada perspectiva que distingue entre personajes aceptables e inaceptables, amigos y enemigos. Este es, precisamente, el mismo patrón que Diana Quattrocchi-Woisson (1998) encuentra para la dinámica de la historiografía liberal y la revisionista.

Desde 1983, tanto el gobierno radical de Raúl Alfonsín como diversos sectores intelectuales formularon una interpretación del Proceso de Reorganización Nacional, como parte del carácter cíclico del sistema político argentino, en su alternancia de gobiernos civiles y militares. Dicha interpretación oponía dos genealogías constitutivas de la historia política: la democracia frente al autoritarismo. Dentro del campo académico de la Antropología Social porteña, esta “antinomía” trazaba nuevos marcos de plausibilidad histórica que, sin embargo, eran compatibles con la misma lógica dualista que dominó la cosmovisión de los argentinos a lo largo del siglo XX. Así, figuras que en 1973 ingresaron al dominio de “lo nacional y popular”, como José Imbelloni, quedaron desde 1983 sepultadas en el autoritarismo. Bórmida, por su parte, se tornó en la figura inaceptable como cabeza de linaje para los antropólogos sociales pues, pese a haber sido el creador y “líder carismático” del primer cuerpo de profesores de la carrera en Buenos Aires, desde 1975 quedó alineado con el Proceso. La memoria que la mayoría de los antropólogos sociales asistentes a las

Jornadas de 1988 elaboró de Bórmida fue, entonces, la de *el enemigo*, condensando en él todos los aspectos negativos y contrarios a la democracia, lo popular y la antropología social. Por eso cualquier pretensión de adjudicarle una paternidad en la genealogía de la antropología social resultaba contradictoria con las pretensiones de definir un linaje “progresista y democrático” del cual la subdisciplina era presentada como su más genuina expresión.

En su intento de librarlo de toda sospecha extremista, Orquera nos revela que algo similar debía ocurrir con Menghin, incorporando a la Arqueología Prehistórica a una lógica similar a la que, según nosotros, habría predominado en la Antropología Social de Buenos Aires. Si, como sosteníamos en “Controversias filiales” y como lo ratificamos ahora, la pureza política parece imprescindible a la hora de que alguien se vuelva aceptable como padre de un linaje académico, es porque suponemos que la paternidad impone la transmisión de las cualidades—negativas o positivas—a quienes establezcan su filiación con él desde el presente.

En la creencia de que el hijo es, necesariamente, igual al padre, cualquier diferencia remite a una negación tan obligada como absoluta. Ello puede conducir a una orfandad que se traduce en la ausencia de historia y de perspectiva, en la falta de criterios para la transmisión y preservación del patrimonio, y en el escaso margen para la identificación y diferenciación entre los miembros de la comunidad en el tiempo. Quizá aquí resida parte de la difícil trayectoria de la Antropología Social de Buenos Aires, especialmente si se la compara con la de la Sociología cuyos practicantes generalmente no descreen de su padre fundador, Gino Germani, por más que en su producción ulterior se hayan apartado de él (debemos advertir que los sociólogos argentinos también han politizado su campo académico, como señalaron Sigal (1991), Terán (1991) y Neiburg (1999), y que probablemente la aceptabilidad de Germani haya radicado en su lucha contra el fascismo italiano).

En todo caso, podemos finalizar esta respuesta retomando las dos caras de la historia, y sugiriendo que sería conveniente examinar, por una parte, qué relación hubo entre el perfil político de los primeros profesores de Antropología, la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas en la UBA, y el contexto modernizador universitario entre 1956 y 1966. También, por otra parte, sería deseable examinar historiográficamente cómo incide nuestra memoria académica en las limitaciones que afrontamos los antropólogos sociales para construir una “comunidad académica”, y en la empecinada vigencia de las “fronteras interétnicas” entre antropólogos sociales, arqueólogos y etnólogos en la UBA. Quizá las respuestas a una y otra pregunta tengan alguna vinculación, pero de antemano conviene no ignorar sus distintas perspectivas a riesgo de replicar la búsqueda de culpas esenciales que sólo perviven en los campos de batalla.

Buenos Aires, 31 de enero de 2000

BIBLIOGRAFIA

Arenas, Patricia

1991. *Antropología en la Argentina. El aporte de los científicos de habla alemana*. Buenos Aires, Museo Etnográfico J.B. Ambrosetti- Instituto Cultural Argentino-Germano.

Arnold, Bettina

1990. “The past as Propaganda: Totalitarian Archaeology in Nazi Germany.” En: *Antiquity* 64: 464-478.

Bock, Nikola Susanne

1995. “Historical Anthropology and the History of Anthropology in Germany.” En: H. F. Vermeulen & A. Alvarez Roldán (eds.) *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*: 202-218. London, Routledge.

R. Guber y otros – Respuesta a Comentario

Meding, Holger.

1999. *La ruta de los Nazis en tiempos de Perón*. Buenos Aires, Emecé.

Neiburg, Federico

1999. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires (¿), Alianza Editorial.

Quattrocchi-Woisson, Diana

1998. *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires, Emecé.

Schippers, Thomas K.

1995. A history of paradoxes. Anthropologies of Europe. En: H. F. Vermeulen & A. Alvarez Roldán (eds.) *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*: 234-246. London, Routledge.

Sigal, Silvia

1991. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.

Terán, Oscar

1991. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.